

SIN PALABRAS

Asumir la muerte de un hijo

Francesc Torralba
Presentación
Ara Llibres / Now Books.
Madrid (Centro Blanquerna)

3 diciembre 2024

Os saludo con ternura.

Siento miedo, temor a usar la palabra. Tocaría el silencio y la escucha, el abrazo del afecto y la prudencia. Hablar, casi me parece obsceno. Lo hago a petición de Francesc, con mucho afecto.

En una presentación de un libro, es propio hablar del autor y de su obra, elogiando a uno y otro. Quizás también es el momento de comentar el título y su sentido. Un poco de todo voy a intentar en estos minutos, ante lo que es, sin duda, un ejercicio de resiliencia del Dr. Torralba.

1. Autor:

Conocí a Francesc hace años, en contextos formativos sobre humanización, bioética, mundo de los mayores, final de vida... y he coincidido con él como conferenciante dentro de diferentes programas. Ahora estamos juntos, en cambio, como duelistas (palabra más usada en Argentina, título de libro) en el sentido de personas en duelo, interesados y estudiosos del duelo. Un encuentro diferente, radicalmente diferente.

En este caso, el autor es muy conocido, en los tiempos del mundo digital: Doctor en Filosofía, Teología, Pedagogía, Historia, Aqueología y Artes Cristianas... Profesor en la Universidad Ramón Lull. Dirige la Cátedra de Pensamiento Cristiano del Obispado de Urgel, la Cátedra Ethos, de ética aplicada en la Universidad Ramón Lull, director de revistas y participación

en varias, preside comités de ética, miembro de la Real Academia de Doctores y Doctores Honoris Causa, del Dicasterio de Cultura y Educación de la Santa Sede... Tiene más de 20 Premios: citemos el de Ratzinger 2023.

2. Obra

Torralba es conocido por su capacidad de abordar temas complejos con sencillez y cercanía. Enfatiza su compromiso con los grandes temas humanos: el sentido de la vida, la ética y la espiritualidad.

Pues bien: Nada de su curriculum académico le vacuna contra el sufrimiento que provoca la muerte de Oriol a su padre. Más bien, desencadena lo que podríamos llamar “el *sufriculum*”.

Podríamos decir que escribe como cartógrafo del alma; en este caso, explorando en primera persona, los terrenos del sufrimiento por la muerte de Oriol, como un obrero de la palabra, uno que la trabaja: es “hacedor de ella”.

Autor prolijo. Solo cito algunos que han estado en la cabecera de mi cama, en los vuelos transatlánticos: “El hijo mayor”, “humildad”, “inteligencia espiritual”, “el perdón”, “El arte de saber escuchar”, etc.

Nos reúne “No hay palabras”.

“No hay palabras. Asumir la muerte de un hijo” es una reflexión íntima sobre aquellos momentos de la vida donde el lenguaje no alcanza, donde el silencio, los gestos y la presencia cobran un significado más profundo. Después de aquel 14 de agosto de 2023, el duelo pasó a ser algo distinto a un tema de interés al que había sido hasta entonces, contando ya con algún libro, como “Palabras de consuelo ante la muerte de un ser querido”.

3. Motivación de esta obra:

Francesc dice en él: “La escritura tiene un efecto liberador, terapéutico”:

- Escribo para pensar”. La muerte, reconoce, "es tiránica, irrumpe de repente y se lleva lo que más quieres".
- Escribo para narrar “lo inenarrable” (p. 89), el inmenso dolor de quien se convierte en *shjol*, en hebreo el padre o madre desconsolado por la muerte de un hijo. (p. 147)

Una vez que ha sentido resquebrajada el alma y la vida, yo diría que Torralba ha necesitado plasmarlo por escrito. "La escritura es liberadora, pero el proceso ha sido doloroso". Se trata de un libro “edificante”, que es como él entiende el papel de los libros, ya que “si hubiera salido un libro lleno de odio y rabia, lo habría guardado en un cajón”. Este es un modo de “destilar emociones”, “aclarar el corazón” (p. 10), desahogarse con el “interlocutor invisible” (el lector) (p. 11). Yo acojo con agradecimiento lo que él llama “manejo de pensamientos y sentimientos” (p. 11).

El libro es también “un homenaje a Oriol” (p. 12), un modo de “volver a pasar por el corazón” (p. 12), un ejercicio de agradecimiento (p. 12), que evita que llegue a ser “un vertedero emocional” (p. 13), una búsqueda de utilidad para otros padres y madres (p. 14), la expresión de “un deber de justicia” (p.), un “recreo espiritual” (p. 19) que no congele la memoria en Bulnes o en Caín, orilla del Cares.

4. El título

“No hay palabras. Asumir la muerte de un hijo”.

Sí, sí hay palabras, aunque en ocasiones también hay que “ayunar de palabras” (como ha dicho el papa Francisco).

Hay palabras para matizar incluso, ente aceptar y asumir (p. 16): “asumir es absorberlo de una manera tan profunda que aquel acontecimiento acaba formando parte inseparable de la persona” (p. 16).

Hay palabras como “ha muerto” y no el eufemismo “pérdida de un ser querido” (p. 78).

Algunos impactos sobre mí, de la lectura de “Sin palabras”. ¡Claro, podríamos comentar la paradoja del título: “No hay palabras”, precisamente encabezando un libro entero hecho de palabras fecundas y buscadoras de sentido.

Francesc, como diría Lluís Duch: “ha empalabrado el duelo”, empoderándose así también, mostrando en canal su corazón más humanizado, si cabe. Ha empalabrado el sentir del corazón, el pensar del corazón, más allá de la gramática de las lágrimas como mensajero universal del sufrimiento. (p. 66) Pero, a mi juicio, Francesc ha llorado mucho también hacia adentro, masticando el dolor en crudo y en soledad, construyendo ahora un particular *sufriculum*.

5. Enfoque

Veo el planteamiento del tema del duelo de Francesc alineado con el del psicoanalista Jean Allouch, que, en “Erótica del duelo en tiempos de muerte seca” critica los modelos interpretativos que hablan de pérdida y propone el concepto de “amputación”, como hace Francesc sin llamarlo así: “yo tampoco seré nunca más el de antes” (p. 83). Es como “desaferrarse de una pierna o de un brazo”, como si a uno “le arrancaran un brazo o una pierna, cambia todo tu organismo”. (p. 92) “Cuando se va alguien querido, una parte de ti también muere”. (p. 181)

Asumiendo el duelo, Francesc repite la hipótesis resiliente, el aprendizaje de lo esencial (p. 85), la recolocación de los valores (p. 84). Se despierta la prudencia (p. 86), “nos hace humildes” (p. 93), se genera un movimiento hacia la gratitud (p. 96); porque, parafraseando a V. Frankl “no somos libres de elegir las desgracias que nos suceden, pero sí de decidir cómo las afrontamos y qué aprendemos de ellas” (p. 100)

Escribiendo, ha logrado, entre otras cosas, que su hija Anna compusiera la canción “Felicidad perfecta”, un modo más de expresarse y consolarse familiarmente, como afligidos, que es la palabra más usada por Francesc en esta obra.

6. Hortelano del espíritu, gritando el dolor

Me ha parecido ver a Francesc como un hortelano del espíritu: cultivando el pensar y el sentir, haciendo consciente el latido del corazón (auscultándolo) y dejándole ser fecundo, irradiar sangre por todo su cuerpo.

He hecho algún ejercicio de cómputo, que me permite también hacerme cargo de la hondura del sufrimiento. Por ejemplo, la palabra “esperanza” aparece 28 veces y en plural 2. Me doy cuenta, como dice el autor, que ha sido dura “la tentación de sucumbir al absurdo y recrearse en él siempre está al acecho” (p. 14). “La muerte provoca un tsunami espiritual en el alma de quien la sobrevive. Tiemblan las creencias, los valores, también los ideales de la vida. Lo que creíamos se pone a prueba, se somete a duro examen”. (p. 73) Yo he sentido sed de leer junto a: “Buenos días, tristeza. Buenas noches, tristeza”, (p. 157): “buenos días esperanza, buenas noches, esperanza”. Pero esa es mi sed, mi anhelo de eternidad (p. 163), con palabras suyas.

Así también, la palabra “Dios” aparece solo 10 veces, en el marco no de una profesión de fe, sino en el marco -podríamos decir- de la sospecha. Ninguna vez aparece la palabra resurrección. “Cielo” aparece 10 veces y la expresión “más allá” 22 veces. Es completado este capítulo con otras palabras como “confianza” (4 veces). “Trascendencia” aparece 16 veces (sustantivo o verbo). “Misterio” 7 veces: “entre el absurdo y el misterio, la esperanza se inclina por el misterio” (p. 167).

Lo que veo al hacer este ejercicio irreverente de contar, es que “afligido” aparece 29 veces, “duelo” 65, y “muerte” 260. Me doy cuenta así del realismo y de la verdad cruda de la que Francesc habla.

Percibo el agarradero de la fe, quizás presentado con timidez. Leo, estas líneas, aunque me parece leer más entre líneas, sobre eternidad: “Yo lo creo, y este acto de fe es una fuente de esperanza. Me abre los ojos...” (p. 165)

Intuyo la hondura de lo que escribe y quizás algo de “lo que no dice”. Un padrenuestro, sentado en el tronco del árbol, en medio de la magnitud de la tragedia (p. 38), o aquellos otros repetidos en el silencio de la noche, también la primera (p. 46). La “sed espiritual” la saciará, en parte, en “sintonía existencial” con Kierkegaard (p. 143).

7. Con los maestros de la sospecha

He sentido, como vengo diciendo, entre las páginas de “No hay palabras”, el legítimo espacio para los maestros de la sospecha; o el legítimo grito desgarrador de quien lo que más necesita es “gritar desde lo hondo”, como dice el salmista (Sal 130). Quizás porque, como refiere Francesc en la p. 61: “No lo podemos decir todo, no lo podemos verbalizar todo”, aunque “filosofar es aprender a morir”. (p. 175) En este caso, filosofar es también sobrevivir.

He visto una mezcla de pudor, abatimiento, sospecha, quizás idea de que “todo es un invento” para consolarnos y la razón se impone desplazando a la confianza de la fe. “Uno quiere creerlo, pero a la vez se pregunta si no será un cuento de hadas, un relato pensado para consolarlo” (p. 169 y diálogo en el Colegio de Médicos de Madrid). “Todo está mudo” (p. 169), pero llega a decir: “Gracias a Él, el ser finito goza de una vida en abundancia”. (p. 170)

Aunque es razonable creer y esperar, Feuerbach, Freud y otros exponentes maestros de la sospecha, nos invitaron a pensar que “Dios y la

vida eterna son tan solo proyección, ficción, ilusión, expresión de un deseo”. Al leerle, Francesc, me han venido a la mente ellos, los maestros de la sospecha, pero también Hans Küng, que dice al respecto:

“Respondo que también son, naturalmente, expresión de un deseo. ¿Qué instancia me puede prohibir el deseo de que con la muerte no se acabe todo? (...) La persona humana es innegablemente un ser de deseos, un ser finito con infinitos anhelos, que encuentra y vuelve a buscar, conoce y de nuevo duda, goza e incluso en el mismo gozo sigue insatisfecho. ¡Todo gozo quiere eternidad, quiere profunda, profunda eternidad! ¿Y dónde, dónde encuentra profunda, profunda eternidad?”

El grito desgarrador de un padre, de Francesc, -y su eco entre las montañas- tras la muerte de Oriol, debió escucharlo un lector como yo, que, aunque haga el esfuerzo compasivo y empático más esmerado, no he perdido un hijo, aunque he perdido a mis padres, a mi hermano con 19 años, a mi mejor amigo, y desearía poder decir con Antonio Machado: “Mi corazón espera / también, hacia la luz y hacia la vida, / otro milagro de la primavera”.

2. San Agustín y San Bernardo.

Al leer a Torralba, me ha venido a mi mente San Agustín (s. IV), y San Bernardo (s. XII), de quienes quisiera decir algo.

Me parece ver en estas páginas también discursos de “Consolación”, que sabemos que fueron tan populares en la antigüedad, comenzando con Séneca, (*De Consolatione*) al escribir a Marcia, después de que su dolor por la muerte de su hijo Metilius parecía haberse hecho crónico. Él recuerda que

todas las formas de remedios normales contra el dolor han fallado hasta ahora, ni el consuelo de sus amigos, ni la distracción de los buenos libros, ni siquiera el tiempo mismo, y espera que la filosofía sea de ayuda. Pondrá ejemplos diferentes, como los de Octavia y Livia, que ambas habían perdido un hijo y su actitud fue diferente: no salir del dolor o dejar el dolor en la tumba de su hijo.

San Agustín, a quien yo leí particularmente con ocasión de la muerte de mi mejor amigo, tras lo cual también escribí: “Orar el duelo” fue golpeado especialmente por la muerte de su amigo, aunque ya hubiera perdido a su madre y a su hijo. Con pinceladas geniales escribe en su autobiografía, conocida como las Confesiones:

“¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí. La patria me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible, y cuanto había comunicado con él se me volvía sin él crudelísimo suplicio. Le buscaban por todas partes mis ojos y no parecía. Y llegué a odiar todas las cosas, porque no le tenían ni podían decirme ya como antes cuando venía después de una ausencia: “He aquí que ya viene”. Me había hecho a mí mismo un gran lío y preguntaba a mi alma por qué estaba triste y me conturbaba tanto, y no sabía qué responderme. Solo el llanto me era dulce y ocupaba el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón”.¹

“Llevaba a cuestras, rota y sangrante, a mi alma, que no soportaba ser llevada por mí y no hallaba dónde ponerla. Ni en el encanto de los bosques, ni en los juegos y canciones, ni en los parajes de suave

¹ SAN AGUSTIN, *Confesiones* IV 4,9.

olor, ni en los festines rebuscados, ni en los deleites de la alcoba y del lecho, ni siquiera en los libros y en la poesía encontraba descanso mi alma. Todo, hasta la misma luz, me causaba horror, y todo cuanto no era lo que él era, resultaba insoportable y odioso, salvo el gemir y el llorar; que solo en esto hallaba algún ligero reposo”.²

En el siglo XII encontramos el escrito de San Bernardo, donde se desahoga de su propio sufrimiento por la muerte de su hermano Gerardo, escribiendo expresiones como estas:

“¿Hasta cuándo seguiré disimulando que el fuego que oculto dentro de mí mismo abrasa mi triste corazón y devora mi interior?”
“Encerrado se extiende más, ataca con más crueldad. ¿Qué me importa ese cántico si vivo amargado? La agudeza del dolor debilita mi voluntad y la indignación del Señor consume mi espíritu”, “violentando mi alma, lo he tenido encubierto hasta ahora, para no dar la impresión de que el afecto era superior a la fe”. “Todos sentían lástima, no por él, sino por mí que lo había perdido. ¿Podría tener alguien un corazón de hierro para no conmoverse por mí al ver que sobrevivía a Gerardo?”. “El dolor reprimido echó raíces más profundas en mi interior, y creo que lo intensificó más, por no haberle permitido su desahogo. Lo confieso: me ha vencido. Debo salir afuera lo que sufro dentro”. “Sí, brote mi llanto en presencia de mis hijos que conociendo mi pesar consideran que lo más humano son las lágrimas, y me consolarán más entrañablemente”. “Brotad, corred lágrimas tanto

² SAN AGUSTIN, *Confesiones*, IV 6, 12. Cicerón inspiró a Agustín quien escribió fuerte sobre la pérdida de un amigo, hoy difícil de comprender, afirmaba: “¿Esperas consuelos? Recibe reconvencción. ¿Con tanto disgusto soportas la muerte de un hijo ¿Qué harías si perudieses a un amigo? Si experimentases el mayor de los males, la pérdida de un amigo”, *Epistolas morales a Lucilio*, II, Carta 99, Gredos, Madrid 1989, 238.

tiempo reprimidas”. “Tampoco nuestro llanto es signo de infidelidad, sino una prueba de nuestra condición. Si lloro al estar herido no acuso al causante”. “Una auténtica muerte que lleva a uno y aniquila furiosamente a dos”.³

8. Dos desafíos experimentados por mí

Quiero evocar dos desafíos que siento con ocasión de este tesoro que nos regala Francesc.

Veo que, en los escarceos bibliográficos, Torralba también se ha encontrado con el tema del “duelo digital” (p. 66). Dice: “Se observa una tendencia a la digitalización del duelo, pero me cuestiono si la cualidad del proceso resultante es la misma que cuando se articula cara a cara, sin pantallas ni teclados” (p. 111).

Pues así es: siento intensamente el desafío de desarrollar una ética del duelo, que considere, entre otros aspectos, el mundo digital: la creación de *grief bots*, la reconstrucción del difunto desde su rastro digital, para interactuar con él, nos lanza el reto de hacer una reflexión ética sobre el duelo, para escudriñar en qué medida los posibles tecnológicos ayudarán a realizar el proceso de integración del propio sufrimiento y reinventarse, o en qué medida lo dificultarán. Nos inquieta la posibilidad de que desde “la caja negra” puedan realizarse experiencias sin iniciativa ni voluntad humana, muy diferentes a poner palabras cuando “no hay palabras”, como hace Francesc en este libro.

³ BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, XXVI, Bac, Madrid 2016, 307-328.

Pero, como investigador sobre duelo, siento también el desafío de dar voz a los duelos tabú, a esos de los que no hablamos. En particular a los duelos de la guerra. Contamos a las víctimas con números, pero no se oyen las voces de los que quedan en duelo, un duelo que, decididamente, nunca debió existir, aunque sea el primero que nos encontramos en la Sagrada Escritura, el de Adán y Eva, tras el fratricidio de Abel, tan bellamente expresado en el cuadro “El despertar de la tristeza” (en francés: *Premier deuil*), de Bouguereau, conservado en Buenos Aires.

9. Terminando: un regalo, gracias.

En el Centro San Camilo, de Tres Cantos, donde fallecen 600 personas al año, el segundo sábado de octubre convocamos a los dolientes y entonamos juntos, mientras ponemos velas encendidas entre los pensamientos: “Gracias a la vida” de Mercedes Sosa (1935-2009). Expresamos así nuestra solidaridad y afirmamos nuestra esperanza hecha palabras convencidas, con las que deseo terminar:

Gracias a la vida que me ha dado tanto;
me dio dos luceros que cuando los abro,
perfecto distingo lo negro del blanco,
y en el alto cielo su fondo estrellado
y en las multitudes el hombre que yo amo.

Gracias a la vida que me ha dado tanto;
me ha dado la risa y me ha dado el llanto.
Así yo distingo dicha de quebranto:
los dos materiales que forman mi canto,
y el canto de ustedes que es el mismo canto.

Y el canto de todos que es mi propio canto.

Francesc expresa este sentir agradecido así: “El lenguaje de la gratitud requiere atención y consciencia, pero, sobre todo, apertura de miras y generosidad de espíritu. (p. 139)

Pues bien, yo me sumo, con ternura y acallando mi tentación de seguir poniendo palabras al eco de la lectura en mí, dando gracias a Dios por la vida de Oriol, muerto en la segunda estación de la vida (p. 197) y acogiendo el desafío del epílogo del libro de Francesc, transformándolo en deseo: “que la muerte de un ser querido nos haga profundamente humildes”. (p. 211)

Porque, con la muerte de Oriol, creo que tú y tu mujer, y tus hijas, con razón podríais repetir con Miguel Hernández, a la muerte de Ramón Sijé: “Tanto dolor se agrupa en mi costado, que por doler me duele hasta el aliento”.

Gracias, Francesc, por este regalo.

José Carlos Bermejo